

Composición

Revista de filosofía habitable



Composición. Revista de filosofía habitable · Vol. 1, núm. 1 · 17 de abril de 2026

Técnica, subjetividad y composición: hacia una teoría compositivista del entorno digital

Jorge Santoveña Martín

Graduado en Filosofía, Política y Economía (Universidad Pontificia Comillas); Máster Universitario en Análisis Político (Universitat Oberta de Catalunya); Licenciado en Historia (Universidad de Oviedo) y en Sociología y Ciencias Políticas (UNED); profesor de Geografía e Historia de Educación Secundaria y Bachillerato.

Resumen

Este artículo desarrolla una teoría compositivista del entorno técnico contemporáneo, centrándose en su papel en la producción de la subjetividad. Partiendo de la redefinición del alma como organización subjetiva producida, se analiza el estatuto ontológico de la técnica no como instrumento externo, sino como dimensión constitutiva de la *symploké* material que configura al sujeto. En este marco, el entorno digital aparece como un campo específico de composición en el que se reorganizan las relaciones entre atención, deseo, temporalidad y forma de vida. El artículo sostiene que la técnica no puede ser entendida ni como mera herramienta neutral ni como instancia autónoma determinante, sino como estructura mediadora que participa activamente en la producción de formas de subjetividad más o menos consistentes. Finalmente, se examinan las implicaciones normativas de esta perspectiva en términos de consistencia objetiva y se delimitan los riesgos de descomposición asociados a ciertas configuraciones técnicas contemporáneas.

Palabras clave: *Compositivismo; técnica; subjetividad; entorno digital; symploké; consistencia objetiva.*

Abstract

This article develops a compositivist theory of the contemporary technical environment, focusing on its role in the production of subjectivity. Starting from the redefinition of the soul as a produced subjective organization, it analyzes the ontological status of technique not as an external instrument but as a constitutive dimension of the material *symploké* that shapes the subject. In this framework, the digital environment appears as a specific field of composition in which relations between attention, desire, temporality, and forms of life are reorganized. The article argues that technique cannot be understood either as a neutral tool or as an autonomous determining instance, but as a mediating structure actively involved in the production of more or less consistent forms of subjectivity. Finally, it examines the normative implications of this perspective in terms of objective consistency and identifies the risks of decomposition associated with certain contemporary technical configurations.

Keywords: *Compositivismo; technique; subjectivity; digital environment; symploké; objective consistency.*

1. Introducción: la técnica como problema filosófico

La filosofía contemporánea ha oscilado entre dos formas insuficientes de pensar la técnica. Por un lado, una concepción instrumental que la reduce a medio neutral al servicio de fines humanos previamente definidos. En este marco, la técnica aparece como un conjunto de herramientas disponibles cuya racionalidad depende exclusivamente de los usos que los sujetos hagan de ellas. El problema filosófico se desplaza entonces desde la técnica hacia la ética o la voluntad, dejando intacta la idea de un sujeto previo, autónomo y plenamente constituido.

Por otro lado, se ha desarrollado una concepción determinista que invierte esta relación y eleva la técnica a instancia autónoma capaz de configurar por sí misma las formas de vida. En este enfoque, las estructuras técnicas —ya sean entendidas como sistemas tecnológicos, dispositivos o marcos de racionalidad— adquieren primacía ontológica, de modo que la subjetividad aparece como efecto o resultado de dinámicas que la exceden. El sujeto deja de ser origen de la acción para convertirse en producto de un entorno técnico que lo determina en sus posibilidades.

Ambas posiciones, pese a su aparente oposición, comparten un supuesto problemático: la separación entre técnica y subjetividad. En el primer caso, la técnica es exterior al sujeto y subordinada a él; en el segundo, el sujeto es exterior a la técnica pero subordinado a ella. En ambos casos, se mantiene una dualidad que impide pensar su articulación efectiva. La relación entre ambos términos se formula como una relación de dominio —ya sea del sujeto sobre la técnica o de la técnica sobre el sujeto—, pero no como una relación de composición.¹

El Compositivismo rechaza esta alternativa al situar ambos términos en un mismo plano ontológico: el de la composición material. Esto implica abandonar la idea de que técnica y subjetividad sean entidades separadas que posteriormente entran en relación. En su lugar, se propone pensar ambas como momentos de una misma estructura: la *symploké* material en la que se configuran las formas de vida.

Desde esta perspectiva, la técnica no es ni exterior al sujeto ni su principio último, sino una dimensión constitutiva del entramado en el que la subjetividad se produce. No se trata simplemente de que la técnica influya en el sujeto o de que el sujeto utilice la técnica, sino de que ambos se co-determinan en un proceso de articulación material. La subjetividad no preexiste a sus mediaciones técnicas, sino que emerge a través de ellas; y la técnica no existe como realidad autónoma, sino como conjunto de operaciones inscritas en formas de vida concretas.

Este desplazamiento permite reformular el problema filosófico de la técnica. Ya no se trata de preguntarse si la técnica es buena o mala, ni de decidir si domina o es dominada, sino de analizar cómo se integra en la organización de la subjetividad y qué tipo de composiciones hace posibles o imposibles. La cuestión central deja de ser la relación externa entre dos términos para convertirse en el análisis de una estructura interna: la de las mediaciones técnicas como condiciones de producción de la experiencia, la acción y la normatividad. En este sentido, el problema de la técnica se revela inseparable del problema de la subjetividad. Pensar la técnica exige pensar la forma en que la vida humana se organiza materialmente, y pensar la subjetividad exige atender a las mediaciones técnicas que la constituyen. El Compositivismo sitúa así la técnica en el corazón mismo de la ontología del sujeto, no como añadido contingente, sino como dimensión estructural de su producción.

2. Técnica y *symploké* material

La noción de *symploké* permite replantear el estatuto de la técnica de un modo más riguroso que el ofrecido por las alternativas clásicas entre instrumentalismo y determinismo. Si lo real se estructura como un entramado de conexiones diferenciales, entonces la técnica no puede pensarse como un añadido externo a una naturaleza previamente dada, ni como una simple prolongación accidental de facultades humanas ya constituidas. Tal concepción seguiría presuponiendo una dualidad demasiado tosca entre un mundo originario, por un lado, y un conjunto de mediaciones técnicas, por otro. El Compositivismo cuestiona precisamente esta escisión. La técnica no se injerta desde fuera sobre una realidad autosuficiente, sino que forma parte del propio régimen de articulación material de lo real.

Entendida desde la *symploké*, la técnica aparece como una forma específica de composición. No es una cosa entre otras, ni un conjunto de instrumentos aislados, sino un modo de mediación que reorganiza activamente las relaciones entre cuerpos, prácticas, tiempos, espacios e instituciones. Su realidad no consiste solo en sus objetos visibles —máquinas, pantallas, infraestructuras, dispositivos—, sino en la red de operaciones que hacen posible. La técnica enlaza, separa, acelera, filtra, distribuye, conserva, amplifica y reordena. Su esencia no es la exterioridad del artefacto, sino la reconfiguración material de las conexiones.²

Desde esta perspectiva, la técnica introduce mediaciones que modifican de manera efectiva la estructura de la experiencia. No actúa únicamente sobre lo que hacemos, sino sobre las condiciones mismas en las que podemos hacer algo. Al reorganizar relaciones, modifica también escalas temporales y espaciales: acorta distancias,

¹ El rechazo compositivista tanto del instrumentalismo como del determinismo técnico no es normativo sino ontológico. No se trata de que la técnica deba ser usada de cierta manera, sino de que la distinción misma entre un sujeto previo y una técnica posterior es insostenible desde la *symploké* material. Ambos términos se co-constituyen en el mismo proceso de composición: no hay primero un sujeto que luego adopta mediaciones técnicas, sino una subjetividad que emerge a través de ellas.

² La diferencia respecto a Heidegger es aquí decisiva. Para Heidegger, la técnica moderna tiene el carácter de un *Gestell*, una estructura unitaria de desocultamiento que determina el modo en que todo lo real aparece como disponible y calculable. El Compositivismo rechaza esa unificación: la *symploké* es entramado diferenciado, no despliegue de un único principio de revelación. Las formas técnicas tienen distintos grados de historicidad, resistencia estructural y capacidad de captura, y no todas operan con la misma lógica. La crítica a la técnica es siempre concreta y diferenciada, nunca total.

intensifica ritmos, multiplica simultaneidades, estabiliza o desestabiliza hábitos, permite nuevas secuencias operatorias y bloquea otras. La técnica no se limita a facilitar fines ya dados, sino que produce nuevas condiciones de posibilidad para la acción, la percepción y la experiencia. En consecuencia, transforma no solo el alcance de la praxis humana, sino también su forma.

Esta idea es decisiva porque obliga a abandonar una imagen demasiado pobre del entorno técnico. Si la técnica fuera solo un conjunto de útiles neutrales, su análisis filosófico podría reducirse a una teoría de los medios. Pero si la técnica altera la estructura de las relaciones materiales, entonces su análisis debe situarse en el plano ontológico. La técnica forma parte de la textura misma del mundo común. No es decorado ni prótesis accidental, sino dimensión efectiva de la composición de lo real.

Esto implica dos consecuencias fundamentales. La primera es que la técnica no es secundaria respecto a la subjetividad. No aparece después del sujeto, como si este ya estuviera plenamente constituido y solo más tarde comenzara a servirse de herramientas. Por el contrario, la subjetividad se forma siempre en un entorno ya mediado técnicamente. Desde los modos elementales de orientación corporal hasta los sistemas complejos de escritura, memoria, comunicación y cálculo, el sujeto se produce en un campo de mediaciones que condicionan su organización. La técnica participa, por tanto, en la génesis misma de la vida subjetiva.

La segunda consecuencia es correlativa: la subjetividad no puede pensarse sin sus mediaciones técnicas. No existe un sujeto puro, previo a toda articulación instrumental, lingüística o institucional, que luego entraría en contacto con un mundo técnico exterior. Tal imagen pertenece todavía a una metafísica de la interioridad. El Composicionismo la rechaza porque entiende que la subjetividad es una organización producida, y toda producción subjetiva acontece a través de mediaciones materiales concretas. La técnica forma parte de esas mediaciones y, por ello, no puede ser tratada como simple circunstancia externa.

En este sentido, el entorno técnico forma parte constitutiva de la organización subjetiva. No es simplemente un contexto, sino un factor estructurante. Decir que es estructurante significa algo más que reconocer su influencia. Significa afirmar que interviene en la forma misma en que la subjetividad distribuye su atención, estabiliza su memoria, organiza su temporalidad, articula su relación con los otros y configura sus horizontes de acción. La técnica no se añade a un sujeto ya dado; contribuye a hacerlo posible en la forma concreta en que llega a existir. Ahora bien, afirmar el carácter constitutivo de la técnica no equivale a absolutizarla. La *symploké* impide también caer en un tecnicismo monista. La técnica no agota la subjetividad ni la determina de manera unilateral. Forma parte de un entramado más amplio en el que intervienen dimensiones biológicas, afectivas, sociales, políticas y simbólicas. Su estatuto es constitutivo, pero no exclusivo. Precisamente por ello puede pensarse adecuadamente desde la *symploké*: ni aislada como instancia autónoma, ni subordinada como mero instrumento, sino articulada con otros niveles de la composición material.

La ventaja filosófica de esta posición es clara. Permite superar tanto la imagen humanista de un sujeto soberano que utiliza medios neutrales como la imagen fatalista de una técnica que captura por completo la vida humana. Entre ambos extremos, el Composicionismo propone pensar la técnica como mediación real de la composición. En ella se juegan transformaciones efectivas de la subjetividad, pero esas transformaciones deben analizarse siempre en relación con la totalidad estructurada en la que se insertan.

Por eso la técnica no puede ser tratada solo como objeto de filosofía de la ciencia o de crítica cultural. Debe ser pensada como una dimensión ontológica de la vida común. Allí donde hay técnica, hay reorganización de relaciones; allí donde hay reorganización de relaciones, hay modificación de formas de subjetividad. La *symploké* material permite, así, comprender que la técnica no es periférica respecto a la filosofía del sujeto, sino uno de sus núcleos decisivos.

3. El entorno digital como campo de composición

El desarrollo contemporáneo de tecnologías digitales introduce una transformación cualitativa en la *symploké* material. No se trata simplemente de una ampliación cuantitativa del repertorio técnico disponible, ni de una versión más sofisticada de medios ya conocidos. Lo que aquí se modifica es la estructura misma de las mediaciones. El entorno digital altera la forma en que múltiples dimensiones de la vida humana se articulan entre sí, produciendo un régimen específico de composición que afecta de manera directa a la organización subjetiva.³

Por ello, el entorno digital no puede ser reducido a un conjunto de herramientas. Pensarlo así equivaldría a mantener todavía una concepción instrumental insuficiente. Más bien, debe ser entendido como un campo de composición en el que se reorganizan múltiples dimensiones de la experiencia y de la vida práctica. Entre ellas destacan, de manera particularmente decisiva, la atención, el deseo, la memoria, la temporalidad y la relación con los otros. Cada una de estas dimensiones no solo es afectada por los dispositivos digitales, sino reestructurada en su modo de operar y en sus relaciones recíprocas.

La atención, por ejemplo, deja de funcionar únicamente como capacidad interna del sujeto para convertirse en un recurso constantemente solicitado, distribuido y modulado por interfaces, notificaciones, flujos de información y arquitecturas de visibilidad. El deseo, a su vez, no se orienta ya solo por objetos relativamente estables o por secuencias largas de elaboración, sino que queda expuesto a circuitos de excitación, anticipación y satisfacción inmediata continuamente reactivados. La memoria se desplaza parcialmente desde la interioridad subjetiva a soportes técnicos que almacenan, ordenan, priorizan y recuperan información según lógicas no siempre controladas por el sujeto. La temporalidad se reorganiza en torno a la inmediatez, la simultaneidad y la disponibilidad constante. Y la relación con los otros se ve mediada por dispositivos que reconfiguran presencia, distancia, reconocimiento, exposición y vínculo.

En este sentido, el entorno digital no es simplemente un medio en el que ocurren experiencias previamente definidas, sino un espacio técnico en el que las propias condiciones de la experiencia son reordenadas. Su especificidad no reside solo en el tipo de aparatos que emplea, sino en la manera en que integra funciones que antes aparecían relativamente separadas: comunicación, información, entretenimiento, archivo, vigilancia, cálculo, compra, producción de imagen y modulación afectiva convergen ahora en plataformas y dispositivos de uso ordinario. Esta convergencia convierte al entorno digital en una forma especialmente intensa de *symploké* técnica.

A diferencia de tecnologías anteriores, el entorno digital opera de manera continua, ubicua y altamente integrada en la vida cotidiana. Esta diferencia no es secundaria. Muchas técnicas tradicionales intervenían de forma más localizada: se utilizaban en momentos concretos, para tareas determinadas, y su radio de acción quedaba relativamente delimitado. El entorno digital, en cambio, tiende a acompañar permanentemente al sujeto, a integrarse en sus ritmos cotidianos y a mediar una gran parte de sus transiciones entre trabajo, ocio, información, sociabilidad y descanso. No se limita a mediar acciones puntuales, sino que configura de manera persistente el trasfondo mismo en el que esas acciones se vuelven posibles.

Esta continuidad modifica la naturaleza de la mediación técnica. El problema ya no es solo qué hace el sujeto con un dispositivo, sino en qué medida el dispositivo participa en la organización general de su experiencia. El entorno digital no espera pasivamente a ser activado; permanece disponible, interpela, sugiere, anticipa, recuerda, registra y reorienta. Su eficacia no depende únicamente del uso explícito, sino de su inserción estable en la trama de la vida ordinaria. De ahí que pueda hablarse, con propiedad, de un campo de composición y no solo de un repertorio de herramientas.

Asimismo, la ubicuidad del entorno digital implica una reconfiguración del espacio vivido. Las distancias se contraen, las presencias se multiplican y los límites entre aquí y allí, entre trabajo y ocio, entre proximidad e interrupción, se vuelven más porosos. Esta reorganización espacial no es neutra. Afecta directamente a la forma en que la subjetividad distribuye su energía, su disponibilidad y su exposición. El sujeto ya no habita únicamente espacios físicos definidos, sino también entornos digitales superpuestos que reclaman atención, respuesta y posicionamiento continuo.

Del mismo modo, la integración alta del entorno digital en la vida cotidiana transforma las jerarquías entre actividades. La lectura, la conversación, la espera, el aprendizaje, la información o el descanso dejan de estar claramente separadas y pasan a entrelazarse en secuencias fragmentadas, interrumpidas y recombinables. Esto no significa solo que haya más multitarea o dispersión, sino que la propia forma de la experiencia se vuelve más modular, más reconfigurable y, a menudo, más vulnerable a dinámicas de captura. El campo digital introduce una plasticidad técnica que puede ampliar posibilidades, pero también debilitar consistencias.

Por eso, el entorno digital debe ser pensado como un régimen específico de composición material. No es solo una tecnología más dentro del conjunto de mediaciones humanas, sino una forma particularmente intensa de reorganizar conexiones entre niveles heterogéneos: corporal, afectivo, cognitivo, social, político y económico. Su singularidad radica en la densidad con la que entrelaza estos planos y en la rapidez con la que puede reconfigurar sus relaciones. Desde el punto de vista compositivo, esto significa que el entorno digital no actúa solo sobre contenidos de la conciencia, sino sobre la arquitectura misma de la subjetividad.

De ello se sigue una consecuencia central: la subjetividad contemporánea debe pensarse como subjetividad tecnológicamente compuesta. Esta fórmula no significa que toda subjetividad quede absorbida por la técnica, ni que el entorno digital determine de forma absoluta sus formas posibles. Significa, más precisamente, que la organización subjetiva contemporánea no puede comprenderse sin atender al papel estructurante de las mediaciones digitales en su producción. El sujeto actual no es simplemente un sujeto que usa tecnología, sino un sujeto cuya forma de atención, deseo, memoria, temporalidad y vínculo está parcialmente constituida por un entorno digital persistente. Pensar esto filosóficamente exige abandonar toda nostalgia de una subjetividad pura previa a sus mediaciones técnicas. No hay un sujeto intacto al que el entorno digital viniera luego a perturbar desde fuera. Lo que hay son formas históricas de subjetividad cuya composición cambia con las formas de mediación disponibles. En este caso, el cambio es especialmente intenso porque el entorno digital no media solo actos concretos, sino la continuidad misma de la experiencia.

Así entendido, el campo digital no constituye únicamente un objeto entre otros para la filosofía de la técnica. Se convierte en un lugar privilegiado para pensar cómo la *symploké* material se reconfigura en el presente y cómo esa reconfiguración afecta a la posibilidad misma de formas de vida más o menos consistentes. El análisis del entorno digital es, por tanto, inseparable de una teoría compositiva de la subjetividad.

³ La caracterización del entorno digital como ubicuo, continuo e integrado en la vida cotidiana introduce una diferencia cualitativa respecto a tecnologías anteriores. Lo decisivo no es la escala cuantitativa sino la estructura de la mediación: el entorno digital no solo amplía capacidades sino que reorganiza las condiciones bajo las cuales la subjetividad produce experiencia, atención y deseo. Una mediación que opera de manera continua, personalizada y retroalimentada tiene efectos sobre la composición subjetiva que ninguna tecnología de mediación discreta podía producir.

4. Atención, deseo y captura técnica

Uno de los efectos más relevantes del entorno digital es la reorganización de la atención. Esta reorganización no debe entenderse como una simple variación cuantitativa en la intensidad o duración de los procesos atencionales, sino como una transformación cualitativa de su estatuto dentro de la organización subjetiva. Tradicionalmente, la atención podía ser concebida —al menos en cierto grado— como una capacidad relativamente estable del sujeto, susceptible de ser dirigida, entrenada o modulada desde dentro. En el entorno digital, en cambio, la atención se convierte progresivamente en un recurso disputado, distribuido y gestionado en un campo de fuerzas en el que intervienen múltiples dispositivos técnicos.⁴

Las plataformas, interfaces y algoritmos operan como estructuras de captura que no solo solicitan atención, sino que la organizan activamente. No se limitan a ofrecer contenidos, sino que configuran arquitecturas de visibilidad, sistemas de notificación, secuencias de recomendación y lógicas de interacción que orientan la forma en que la atención se desplaza, se detiene o se dispersa. En este sentido, la atención deja de ser una facultad interna relativamente autónoma para convertirse en un elemento integrado en circuitos técnicos de modulación continua.

Este desplazamiento tiene una consecuencia decisiva: la atención ya no pertenece exclusivamente al sujeto. Sin dejar de ser una dimensión de la subjetividad, pasa a estar inscrita en una red de mediaciones que condicionan su funcionamiento. La economía de la atención no es simplemente una metáfora, sino la expresión de una reorganización material en la que distintos dispositivos compiten, coordinan y capturan flujos atencionales. El sujeto no dirige su atención desde un centro soberano, sino que la negocia constantemente en un entorno que la solicita, la fragmenta y la redistribuye.

Esta reorganización afecta directamente al deseo. En la medida en que el deseo está estrechamente vinculado a la orientación de la atención, cualquier modificación en la estructura atencional implica una transformación en la dinámica deseante. El deseo deja de estructurarse únicamente en relación con objetos o fines relativamente estables —que requerían continuidad, elaboración y cierta temporalidad extendida— para verse continuamente reorientado por flujos de estímulos que interrumpen, redirigen y reconfiguran sus trayectorias.

El entorno digital introduce, en este sentido, una forma específica de circulación del deseo. Este ya no se organiza prioritariamente en torno a proyectos o metas a largo plazo, sino en torno a secuencias cortas de excitación y satisfacción parcial. La disponibilidad constante de estímulos, la lógica de actualización continua y la posibilidad de acceso inmediato a múltiples contenidos generan una dinámica en la que el deseo se desplaza con rapidez, sin necesidad de consolidarse en formas duraderas. No se trata de la desaparición del deseo, sino de su reconfiguración en un régimen de variabilidad intensiva.

Además, esta reconfiguración no es neutral. Las estructuras técnicas no solo permiten el desplazamiento del deseo, sino que lo orientan según determinadas lógicas. Los algoritmos de recomendación, por ejemplo, no se limitan a reflejar preferencias, sino que las anticipan, las refuerzan y, en muchos casos, las producen. El deseo se vuelve, así, parcialmente dependiente de circuitos técnicos que operan a partir de patrones de comportamiento, datos agregados y objetivos económicos o estratégicos. La subjetividad no desea en un vacío, sino en un campo de mediaciones que condicionan qué es visible, qué es accesible y qué resulta atractivo.

La consecuencia de este doble proceso —reorganización de la atención y reconfiguración del deseo— es la emergencia de formas de subjetividad caracterizadas por rasgos específicos. Entre ellos destacan la fragmentación, la inestabilidad y la dificultad para sostener secuencias largas de acción o pensamiento. La fragmentación no debe entenderse únicamente como dispersión superficial, sino como una modificación en la estructura misma de la experiencia: las unidades de sentido tienden a acortarse, a interrumpirse y a recombinarse sin consolidarse en estructuras más amplias. La inestabilidad se manifiesta en la dificultad para mantener orientaciones duraderas, tanto en el plano cognitivo como en el afectivo. Y la dificultad para sostener secuencias largas afecta directamente a la posibilidad de desarrollar prácticas que requieren continuidad, como el estudio, la escritura, la deliberación o la construcción de proyectos complejos.

Sin embargo, desde el punto de vista compositivo, estos fenómenos no deben interpretarse como simples déficits psicológicos o como fallos individuales. No se trata de que los sujetos contemporáneos 'presten peor atención' o 'deseen de manera incorrecta', como si existiera un modelo previo intacto del que se hubieran desviado. Lo que está en juego es una transformación estructural de la organización subjetiva. La atención y el deseo no se degradan en abstracto; se reorganizan en función de nuevas condiciones materiales de composición.

Esto implica que la evaluación de estas transformaciones no puede limitarse a una crítica moral o cultural. Debe situarse en el análisis de las estructuras que las hacen posibles. La cuestión no es si los individuos usan bien o mal la tecnología, sino qué tipo de organización subjetiva se produce en un entorno en el que la atención es constantemente capturada y el deseo continuamente reorientado. La crítica compositiva no apunta a una supuesta debilidad del sujeto, sino a la configuración material de los dispositivos que participan en su producción.

Al mismo tiempo, es importante subrayar que la captura técnica de la atención y del deseo no es total ni homogénea. La *symploké* material implica siempre una pluralidad de relaciones y niveles. Existen resistencias, modulaciones, reapropiaciones y formas alternativas de uso que permiten cierta variación en las formas de organización subjetiva. No toda interacción con el entorno digital conduce necesariamente a fragmentación o inestabilidad, pero sí establece un campo de tendencias que deben ser analizadas con precisión.

En este contexto, la noción de captura debe entenderse en sentido estructural y no meramente coercitivo. No se trata de una imposición externa directa, sino de una configuración de condiciones en las que ciertas formas de atención y deseo resultan más probables, más fáciles o más reforzadas que otras. La técnica no obliga, pero orienta; no determina absolutamente, pero inclina la organización subjetiva hacia determinados patrones.

Por ello, el análisis de la atención, el deseo y su captura técnica constituye un punto decisivo para comprender la subjetividad contemporánea. En él se hace visible cómo la técnica interviene no solo en lo que hacemos, sino en la forma misma en que podemos atender, desear y sostener nuestras prácticas. La reorganización de estas dimensiones no es un fenómeno periférico, sino uno de los núcleos en los que se juega la consistencia —o la posible descomposición— de las formas de vida actuales.

5. Temporalidad y descomposición

El entorno digital introduce también una modificación profunda de la temporalidad, cuya relevancia filosófica no puede ser subestimada. No se trata únicamente de que 'todo vaya más rápido', ni de una simple intensificación del ritmo de vida, sino de una transformación en la estructura misma de la experiencia temporal. La temporalidad deja de organizarse en secuencias relativamente continuas y jerarquizadas para adoptar formas más fragmentadas, simultáneas y reconfigurables. Este cambio afecta directamente a la manera en que la subjetividad se articula, se estabiliza y se proyecta.

Tres rasgos resultan especialmente significativos en este nuevo régimen temporal: la aceleración, la simultaneidad y la disponibilidad constante. La aceleración no implica solo reducción de tiempos de ejecución, sino compresión de intervalos entre estímulos, decisiones y respuestas. La simultaneidad introduce la coexistencia de múltiples flujos de información y de acción que compiten entre sí sin una clara jerarquía. La disponibilidad constante elimina, o al menos debilita, las fronteras entre tiempos diferenciados —trabajo, ocio, descanso, comunicación—, generando una continuidad homogénea en la que todo puede ser potencialmente accesible en cualquier momento.

El resultado de esta combinación es una experiencia del tiempo caracterizada por la interrupción continua. Las secuencias de acción, pensamiento o percepción tienden a fragmentarse en unidades breves, frecuentemente interrumpidas por nuevas solicitudes. Esta interrupción no es un accidente ocasional, sino un rasgo estructural del entorno digital. Las notificaciones, las actualizaciones, los cambios de foco y las posibilidades de acceso inmediato introducen una lógica en la que la continuidad se vuelve frágil y siempre susceptible de ser quebrada.

Esta transformación tiene consecuencias directas sobre la formación de hábitos, proyectos y procesos de aprendizaje. La organización subjetiva requiere, para su estabilidad, cierto grado de continuidad temporal: la repetición de prácticas, la sedimentación de experiencias, la posibilidad de sostener una orientación a lo largo del tiempo. Sin esa continuidad, la capacidad de consolidar estructuras relativamente estables se ve debilitada. Los hábitos se vuelven más inestables, los proyectos más difíciles de sostener y los procesos de aprendizaje más fragmentarios. Desde el punto de vista compositivo, esto no debe interpretarse como una mera dificultad psicológica individual, sino como un efecto estructural de la reorganización temporal. La subjetividad no pierde continuidad por falta de disciplina o de voluntad, sino porque las condiciones materiales en las que se produce favorecen dinámicas de interrupción y recombinación constante. La temporalidad deja de ser un soporte relativamente estable para convertirse en un campo de fluctuación en el que las secuencias deben ser continuamente reconstruidas.

Esto afecta directamente a la consistencia de la subjetividad. Como se ha señalado, la organización subjetiva no es un dato originario, sino una composición que debe sostenerse en el tiempo. Esta sostenibilidad depende, en gran medida, de la capacidad de articular experiencias, decisiones y orientaciones en secuencias relativamente coherentes. Cuando la temporalidad se fragmenta de manera persistente, esta articulación se vuelve más difícil. La subjetividad no desaparece, pero su forma de organización se vuelve más inestable y más vulnerable a procesos de desarticulación.

En este contexto, el riesgo de descomposición aumenta. La descomposición no debe entenderse como colapso súbito o desaparición total de la subjetividad, sino como pérdida progresiva de articulación entre sus distintos niveles. Una subjetividad puede seguir funcionando —realizar tareas, interactuar, responder a estímulos—

⁴ La captura de la atención que este artículo analiza no debe entenderse como manipulación intencional por parte de agentes económicos. Opera como lógica estructural inscrita en la arquitectura misma de los sistemas: los algoritmos de recomendación no deciden capturar el deseo, lo producen como efecto estadístico de su función de optimización. Esta distinción es filosóficamente importante porque implica que la crítica no puede limitarse a la denuncia de intenciones: debe analizar la estructura de los sistemas que generan captura como resultado normal de su funcionamiento, con independencia de la voluntad de quienes los diseñan o utilizan.

y, sin embargo, haber perdido parte de su capacidad de integrar experiencias, de sostener decisiones o de mantener orientaciones duraderas. La descomposición es, en este sentido, un fenómeno gradual y estructural, no necesariamente visible en forma de crisis aguda.

Esta pérdida de articulación puede manifestarse de diversas maneras. En primer lugar, como dificultad para integrar experiencias en una narrativa relativamente coherente. La fragmentación temporal impide que los acontecimientos se encadenen en secuencias con sentido, produciendo una acumulación de episodios poco conectados entre sí. En segundo lugar, como debilitamiento de la capacidad de decisión sostenida: las decisiones tienden a ser revisadas, interrumpidas o sustituidas antes de consolidarse en prácticas estables. En tercer lugar, como erosión de las orientaciones a largo plazo, que requieren continuidad temporal para mantenerse operativas.

Además, la reorganización temporal del entorno digital introduce una tensión entre inmediatez y duración. La inmediatez se ve constantemente reforzada: acceso instantáneo a información, respuesta rápida, gratificación inmediata. La duración, en cambio, requiere un esfuerzo mayor de sostenimiento en un contexto que favorece la interrupción. Esta tensión no se resuelve necesariamente a favor de la inmediatez, pero sí establece un desequilibrio estructural que dificulta la consolidación de prácticas de largo recorrido.

Es importante subrayar que esta transformación no implica la desaparición de toda forma de temporalidad estructurada. Existen aún ámbitos —institucionales, laborales, educativos— que mantienen ritmos relativamente estables. Sin embargo, estos ámbitos se ven cada vez más atravesados por dinámicas digitales que introducen interrupciones, aceleraciones y superposiciones. La temporalidad tradicional no desaparece, pero se ve reconfigurada por su inserción en un entorno técnico que opera con otras lógicas.

Desde la perspectiva de la *symploké*, esta situación debe entenderse como una rearticulación de niveles temporales heterogéneos. No hay una única temporalidad dominante, sino una coexistencia de ritmos distintos que no siempre se integran de manera coherente. La subjetividad contemporánea se encuentra así en la tarea —no siempre lograda— de articular temporalidades que tienden a entrar en conflicto: la del cuerpo, la del trabajo, la del aprendizaje, la de la interacción digital, la de los ciclos sociales.

La descomposición aparece, en este marco, cuando esta articulación falla o se debilita. No porque desaparezcan los niveles, sino porque pierden su capacidad de coordinarse. La subjetividad se fragmenta no en el sentido de multiplicarse sin orden, sino en el sentido de no lograr integrar sus distintas temporalidades en una organización suficientemente consistente.

Por ello, el análisis de la temporalidad en el entorno digital no es un problema secundario, sino uno de los núcleos de la teoría compositivista de la subjetividad. En la forma en que se organiza el tiempo se juega, en gran medida, la posibilidad misma de sostener formas de vida articuladas. La cuestión no es simplemente cuánto tiempo se tiene o cómo se distribuye, sino qué tipo de temporalidad hace posible la composición —o favorece la descomposición— de la subjetividad.

En última instancia, pensar la temporalidad desde el Compositivismo implica desplazar la atención desde la experiencia subjetiva del tiempo hacia sus condiciones materiales de producción. El tiempo no es solo algo que 'se vive', sino algo que se organiza en función de mediaciones técnicas, sociales e institucionales. El entorno digital introduce nuevas formas de organización temporal que, al hacerlo, reconfiguran las posibilidades mismas de la subjetividad. Entender esta reconfiguración es condición necesaria para evaluar sus efectos y para pensar posibles formas de recomposición.

6. Técnica y producción política de subjetividad

El entorno digital no es neutral desde el punto de vista político. Esta afirmación, que en un nivel superficial puede parecer evidente, adquiere en el marco compositivista un alcance más profundo. No se trata únicamente de señalar que las tecnologías son utilizadas con fines políticos o que pueden servir a intereses determinados, sino de reconocer que su propia estructura, su diseño y su modo de funcionamiento están ya inscritos en relaciones de poder, en configuraciones institucionales y en dinámicas económicas que condicionan las formas de vida que hacen posibles.

Las plataformas, los algoritmos y las infraestructuras técnicas no operan en el vacío. Se desarrollan, mantienen y transforman en el interior de sistemas económicos específicos, en marcos jurídicos determinados y en contextos geopolíticos concretos. Esto implica que su funcionamiento no responde solo a criterios técnicos de eficiencia o innovación, sino también a lógicas de acumulación, control, competencia y regulación. La técnica no es aquí un dominio separado de la política, sino uno de sus lugares de realización material.

En este sentido, los algoritmos no deben entenderse como simples procedimientos formales neutrales, sino como dispositivos que seleccionan, ordenan y jerarquizan información en función de determinados criterios. Estos criterios no son arbitrarios, pero tampoco son puramente técnicos: responden a objetivos que pueden incluir la maximización del tiempo de uso, la extracción de datos, la segmentación de audiencias o la optimización de flujos de consumo. De este modo, las decisiones aparentemente invisibles que organizan lo que aparece, lo que se oculta y lo que se recomienda tienen efectos directos sobre la configuración de la experiencia y, por tanto, sobre la subjetividad.

Las infraestructuras técnicas, por su parte, establecen las condiciones de posibilidad de estas operaciones. Redes de comunicación, centros de datos, arquitecturas de software y dispositivos de acceso configuran un entorno en el que ciertas prácticas son facilitadas y otras dificultadas o imposibilitadas. La materialidad de estas infraestructuras no es neutra: determina velocidades, accesos, capacidades de almacenamiento, posibilidades de interacción y formas de visibilidad. En este sentido, la política de la técnica no se juega solo en el nivel de los contenidos o de las decisiones explícitas, sino también en el nivel de las condiciones materiales que estructuran el campo de lo posible.

Esto implica que la producción técnica de subjetividad está también políticamente mediada. La subjetividad no se forma únicamente en relación con dispositivos técnicos abstractos, sino en el interior de configuraciones técnicas que ya están orientadas por intereses, regulaciones y estrategias de poder. Lo que el sujeto puede ver, hacer, desear o pensar no depende solo de su interacción con la técnica, sino de la forma en que esa técnica ha sido configurada y desplegada en un determinado contexto político-económico.

Desde esta perspectiva, la subjetividad digital es, por tanto, una co-producción técnica y política. No es el resultado exclusivo de decisiones individuales ni de dinámicas tecnológicas autónomas, sino el efecto de una articulación compleja entre mediaciones técnicas y estructuras de poder. El sujeto no solo interactúa con dispositivos, sino con sistemas organizados que distribuyen atención, visibilidad, reconocimiento y posibilidad de acción según lógicas que exceden su control inmediato.

Esta co-producción se manifiesta en múltiples niveles. En el nivel de la atención, por ejemplo, la visibilidad de ciertos contenidos frente a otros no es aleatoria, sino resultado de procesos de selección que responden a criterios específicos. En el nivel del deseo, las recomendaciones y las dinámicas de interacción orientan preferencias y expectativas. En el nivel de la relación con los otros, las plataformas establecen formas particulares de vínculo, reconocimiento y exposición. Y en el nivel de la temporalidad, los ritmos de actualización y notificación condicionan la manera en que se experimenta el tiempo.

Sin embargo, reconocer esta dimensión política no implica caer en un determinismo absoluto. La *symploké* material obliga a pensar estas mediaciones en relación con otras dimensiones de la vida subjetiva. La subjetividad no es un mero efecto pasivo de estructuras técnicas y políticas, sino una organización que, aunque condicionada, mantiene cierto margen de variación, de reapropiación y de intervención. Las formas de uso, las prácticas colectivas, las regulaciones institucionales y las resistencias pueden modificar, en parte, la manera en que estas estructuras operan.

No obstante, este margen no elimina la necesidad de analizar críticamente las condiciones en las que la subjetividad se produce. Si la técnica está inscrita en relaciones de poder, entonces cualquier teoría de la subjetividad que ignore esta dimensión queda incompleta. El análisis compositivista exige integrar la dimensión política en la ontología misma de la subjetividad, y no tratarla como un añadido externo o como una cuestión secundaria.

Esto refuerza una tesis central del Compositivismo: la subjetividad no puede separarse del mundo común en el que se produce. No existe un sujeto puro que luego se inserte en un entorno social y técnico, sino una organización subjetiva que emerge en el interior de ese entorno. Las formas técnicas son, al mismo tiempo, formas políticas, en la medida en que participan en la organización de lo común, en la distribución de posibilidades y en la configuración de las condiciones de vida.

En este sentido, la técnica digital no solo produce herramientas o servicios, sino también modos de habitar el mundo. Configura espacios de interacción, define formas de visibilidad, establece ritmos de comunicación y organiza circuitos de reconocimiento. Estas configuraciones no son neutras: implican decisiones sobre qué se hace posible, qué se dificulta y qué se excluye. La política de la técnica es, por tanto, una política de la composición.

Por ello, pensar la subjetividad contemporánea exige atender a esta doble dimensión. No basta con analizar los dispositivos técnicos ni con estudiar las estructuras políticas por separado. Es necesario comprender cómo ambos niveles se articulan en la producción efectiva de formas de vida. La subjetividad digital no es solo técnica ni solo política, sino el resultado de su entrelazamiento.

En última instancia, esta perspectiva permite reformular la crítica de la técnica en términos más precisos. No se trata de denunciar abstractamente la influencia de la tecnología ni de idealizar formas anteriores de subjetividad, sino de analizar las configuraciones concretas en las que técnica y política se articulan y de evaluar sus efectos sobre la consistencia de las formas de vida. El problema no es la existencia de mediaciones técnicas, sino las formas específicas que estas adoptan en determinados contextos y las consecuencias que tienen para la organización subjetiva.

El Compositivismo ofrece así un marco para pensar la técnica no como dominio separado, sino como uno de los lugares en los que se decide la estructura del mundo común. Y, en ese mismo movimiento, muestra que la subjetividad no es ajena a esta decisión, sino uno de sus efectos más decisivos.

7. Normatividad: consistencia en entornos técnicos

La cuestión normativa reaparece aquí con especial intensidad. En efecto, una vez reconocido que el entorno técnico no es un medio neutral, sino un factor constitutivo de la producción subjetiva, resulta inevitable preguntar cómo evaluar las formas de vida que ese entorno favorece, dificulta o impone. El problema no puede resolverse recurriendo a una condena abstracta de la técnica ni, en sentido contrario, a una celebración ingenua de la innovación. Lo que se requiere es un criterio filosófico capaz de distinguir entre configuraciones técnicas que contribuyen a una organización subjetiva más articulada y aquellas que favorecen dinámicas de descomposición.⁵

La pregunta es entonces ineludible: ¿cómo evaluar las formas de subjetividad producidas en entornos digitales? Esta pregunta no es externa al análisis ontológico previo, sino su prolongación necesaria. Si la técnica participa estructuralmente en la composición de la subjetividad, entonces la evaluación de las formas técnicas es inseparable de la evaluación de las formas de vida que estas hacen posibles. El problema normativo no aparece 'después' de la descripción, sino que está inscrito en la propia cuestión de la composición.

El criterio compositivista de consistencia objetiva permite abordar esta cuestión con mayor precisión que las alternativas clásicas entre moralismo y relativismo. No se trata de juzgar las tecnologías según ideales abstractos separados de la realidad material, ni tampoco de aceptar como válidas todas las formas de subjetividad por el mero hecho de existir. La consistencia objetiva introduce una medida inmanente: una forma de subjetividad será más consistente en la medida en que logre sostener su organización, integre sus dimensiones sin fragmentación destructiva y no destruya sus propias condiciones de posibilidad.

La primera exigencia es, por tanto, la capacidad de sostener su organización. Esto significa que una subjetividad consistente no es aquella que simplemente sobrevive o funciona de modo inmediato, sino aquella que puede mantener cierta continuidad operativa en el tiempo. Debe ser capaz de articular atención, deseo, memoria, temporalidad y relación con los otros sin quedar reducida a una sucesión de respuestas dispersas. Una organización subjetiva que solo puede sostenerse a costa de interrupciones permanentes, de reorientaciones compulsivas o de una dependencia continua de impulsos externos presenta ya, en ese nivel, un problema de consistencia.

La segunda exigencia consiste en integrar sus dimensiones sin fragmentación destructiva. La subjetividad no es una unidad simple, sino una composición de niveles heterogéneos. Por ello, la consistencia no puede identificarse con homogeneidad ni con ausencia de conflicto. Lo decisivo es si las distintas dimensiones de la vida subjetiva —cognitivas, afectivas, corporales, sociales, técnicas— logran articularse de manera relativamente estable o si, por el contrario, entran en relaciones de interferencia que debilitan la composición global. Una subjetividad puede ser muy activa, muy conectada o muy estimulada, y sin embargo estar profundamente desarticulada si sus niveles no logran componerse sin desgaste estructural.

La tercera exigencia es que la subjetividad no destruya sus propias condiciones de posibilidad. Este punto resulta especialmente importante en entornos técnicos contemporáneos. Una forma de organización puede parecer eficaz a corto plazo y, sin embargo, erosionar aquello mismo de lo que depende: capacidad de atención sostenida, estabilidad afectiva, continuidad temporal, vínculos no puramente funcionales, espacios de reposo y elaboración. Una subjetividad que se sostiene únicamente a través de dinámicas que agotan sus recursos de composición no es plenamente consistente; más bien, funciona sobre la base de una erosión interna de sus propias condiciones de existencia.

Desde este punto de vista, ciertas configuraciones técnicas contemporáneas presentan riesgos especialmente claros. Uno de ellos es la captura permanente de la atención. Cuando la atención queda sometida a una lógica constante de solicitud, interrupción y redistribución externa, se debilita la posibilidad de sostener secuencias largas de pensamiento, de trabajo o de contemplación. La subjetividad se ve arrastrada hacia una disponibilidad continua que erosiona su capacidad de estructuración propia. No se trata solo de distracción, sino de una modificación material de las condiciones de organización de la experiencia.

Otro riesgo decisivo es la fragmentación del deseo. En entornos digitales altamente reactivos, el deseo tiende a ser reorganizado en secuencias breves de estimulación y satisfacción parcial, sin tiempo suficiente para consolidarse en orientaciones más duraderas. Esto puede producir una subjetividad que desea mucho, pero compone poco; que se moviliza constantemente hacia nuevos objetos o estímulos, pero que tiene dificultades para sostener trayectorias relativamente estables. Desde el punto de vista compositivista, no toda intensificación del deseo implica mayor potencia subjetiva: puede también implicar una mayor exposición a su dispersión.

A ello se suma el debilitamiento de la temporalidad. Como se ha señalado, el entorno digital favorece ritmos de aceleración, simultaneidad e interrupción que dificultan la continuidad necesaria para la formación de hábitos, proyectos y procesos de aprendizaje. Cuando el tiempo se experimenta como una sucesión de urgencias breves y recombinables, la subjetividad pierde parte de su capacidad para sedimentar experiencias y convertirlas en forma. La consistencia exige cierta duración; sin ella, la organización subjetiva queda más expuesta a la inestabilidad.

Un cuarto riesgo es la dependencia estructural de dispositivos. Esta dependencia no se limita al uso frecuente de herramientas técnicas, sino que designa una situación en la que funciones centrales de la organización subjetiva —memoria, orientación, reconocimiento, regulación afectiva, acceso a la información, gestión del tiempo— pasan a apoyarse de manera creciente en mediaciones externas cuya lógica no controla plenamente el sujeto. Tal dependencia no es necesariamente negativa en todo caso, pero se vuelve problemática cuando debilita de manera sistemática la capacidad de la subjetividad para rearticularse sin esa mediación constante. En ese punto, la técnica deja de operar como soporte componible y pasa a convertirse en condición de funcionamiento tan fuerte que reduce el margen de reorganización autónoma. Estas dinámicas pueden generar, por tanto, formas de subjetividad menos consistentes, en la medida en que dificultan la articulación de una organización estable. Conviene insistir en que 'menos consistente' no significa necesariamente patológica en sentido clínico, ni tampoco moralmente reprochable de manera inmediata. Significa, más precisamente, una subjetividad cuya composición encuentra mayores dificultades para sostenerse de forma no destructiva en el tiempo. La inconsistencia no es un juicio moral externo, sino un diagnóstico estructural de desarticulación relativa.

Ahora bien, este diagnóstico no debe derivar en una condena total del entorno técnico. La consistencia objetiva no funciona como criterio para rechazar en bloque la digitalización, sino para discriminar entre configuraciones técnicas distintas. No toda mediación digital fragmenta del mismo modo, ni toda forma de uso conduce a dependencia o a descomposición. La cuestión normativa no consiste en oponer una subjetividad pura a una técnica corruptora, sino en analizar qué formas de articulación técnica permiten mayor continuidad, integración y sostenibilidad de la vida subjetiva.

En este sentido, la normatividad compositivista no prescribe un modelo único de vida buena, pero sí permite identificar tensiones decisivas. Allí donde la atención es permanentemente capturada, donde el deseo se fragmenta sin recomposición, donde la temporalidad se vacía de duración y donde la dependencia técnica erosiona la capacidad de reorganización, la consistencia subjetiva se debilita. Allí, por el contrario, donde las mediaciones técnicas pueden integrarse en una organización más estable, donde amplían capacidades sin capturarlas enteramente y donde permiten formas más ricas de articulación temporal, afectiva y cognitiva, puede hablarse de una mayor consistencia.

La ventaja filosófica de este criterio es que evita tanto el relativismo como el moralismo. No todo vale, porque no toda configuración técnica produce formas igualmente sostenibles de subjetividad. Pero tampoco se recurre a una norma trascendente exterior a la experiencia. La evaluación se realiza desde el interior mismo de las composiciones, atendiendo a su grado de articulación, a su capacidad de sostenerse y a su relación con sus propias condiciones de posibilidad.

En última instancia, la cuestión normativa en entornos técnicos remite a una pregunta más amplia por la habitabilidad del mundo común. Evaluar subjetividades producidas digitalmente no significa solo analizar estados individuales, sino examinar qué tipo de formas de vida se vuelven dominantes, qué capacidades se erosionan, cuáles se amplían y en qué medida estas transformaciones permiten una existencia más o menos consistente. El Compositivismo encuentra aquí uno de sus puntos más fértiles: mostrar que la crítica de la técnica no debe limitarse a denunciar excesos, sino que puede ofrecer criterios rigurosos para pensar la composición o descomposición de la subjetividad en el presente.

8. Posibilidad de recomposición

Sin embargo, el análisis desarrollado hasta aquí no debe derivar en un determinismo técnico. Aunque el entorno digital introduce transformaciones profundas en la organización de la subjetividad, no impone de manera absoluta una única forma de composición. Interpretar la técnica como una instancia que determina de manera unívoca las formas de vida equivaldría a recaer en una de las posiciones que el propio Compositivismo ha criticado: aquella que absolutiza uno de los elementos de la *symploké* y lo convierte en principio explicativo exclusivo.⁶

La técnica, en tanto que dimensión de la *symploké* material, participa en la configuración de la subjetividad, pero lo hace siempre en relación con otros niveles: biológicos, afectivos, sociales, institucionales y políticos. Esto implica que sus efectos no son lineales ni homogéneos. Las mismas estructuras técnicas pueden dar lugar a configuraciones subjetivas distintas en función de cómo se articulen con otros elementos de la composición. No existe, por tanto, una única forma de subjetividad digital, sino una pluralidad de formas posibles, más o menos consistentes según su modo de organización.

Esta constatación abre la posibilidad de recomposición. La recomposición no debe entenderse como retorno a una supuesta subjetividad previa a la técnica —lo que implicaría una nostalgia metafísica insostenible—, sino como intervención en las formas concretas de articulación entre mediaciones técnicas y organización subjetiva. La cuestión no es abandonar la técnica, sino pensar cómo puede ser integrada de manera que no conduzca a dinámicas de descomposición, sino a formas más estables y articuladas de vida.

⁵ La consistencia objetiva como criterio para evaluar formas de subjetividad producidas por entornos técnicos no prescribe un tipo único de subjetividad consistente. Es un criterio estructural —capacidad de una composición de sostenerse sin autodestruirse ni destruir sus condiciones de posibilidad— no un modelo normativo sustantivo. Formas de vida muy distintas pueden ser igualmente consistentes. Lo que el criterio permite distinguir es entre composiciones que mantienen capacidad de recomposición y orientación, y composiciones que la erosionan progresivamente mediante captura, fragmentación o vaciamiento del deseo.

⁶ La recomposición dentro de la *symploké* —no mediante salida exterior a la técnica sino mediante reorganización de las mediaciones existentes— es el concepto operativo central de la praxis compositivista en el ámbito técnico. Implica que no hay punto arquimédico externo desde el que juzgar la técnica: toda intervención crítica ocurre dentro del entramado y con sus recursos. Esto no conduce al conformismo: hay formas de mediación que amplían la capacidad de recomposición subjetiva y formas que la consumen. La distinción es real aunque no pueda establecerse desde fuera.

En este sentido, la recomposición implica, en primer lugar, una modificación de los hábitos de uso. Los dispositivos técnicos no operan de manera idéntica en todos los contextos, ni generan los mismos efectos con independencia de las prácticas que los acompañan. La forma en que se distribuye el tiempo de uso, la manera en que se organizan las interrupciones, los criterios con los que se seleccionan contenidos o la capacidad de sostener secuencias de atención relativamente largas constituyen elementos decisivos en la configuración de la subjetividad. Intervenir en estos hábitos no elimina las condiciones técnicas, pero puede modificar su impacto en la organización subjetiva.

En segundo lugar, la recomposición exige una reconfiguración de los entornos. No basta con apelar a la responsabilidad individual del sujeto si las estructuras técnicas en las que este se inserta favorecen sistemáticamente la fragmentación, la captura o la aceleración. La organización de interfaces, la arquitectura de plataformas, la gestión de notificaciones o la disposición de espacios digitales y físicos pueden ser diseñadas de maneras distintas. Introducir límites, jerarquías, pausas o zonas de menor intensidad puede contribuir a generar condiciones más favorables para la continuidad y la articulación subjetiva.

En tercer lugar, la recomposición pasa por el desarrollo de mediaciones alternativas. Si la subjetividad se produce siempre a través de mediaciones, la cuestión no es eliminarlas, sino diversificarlas y reorientarlas. Esto puede implicar la creación de herramientas que no estén exclusivamente orientadas a la captura de atención o a la maximización de la interacción, sino a la facilitación de prácticas sostenidas: lectura, escritura, aprendizaje, deliberación, cooperación. La técnica no es un bloque homogéneo; dentro de ella es posible desarrollar dispositivos y entornos que favorezcan composiciones distintas.

En cuarto lugar, la recomposición requiere la introducción de criterios de organización más consistentes. Esto significa evaluar las prácticas técnicas no solo en términos de eficiencia o de satisfacción inmediata, sino en función de su capacidad para sostener formas de vida articuladas. La pregunta ya no es únicamente qué permite hacer una tecnología, sino qué tipo de organización subjetiva favorece. Este desplazamiento introduce una dimensión reflexiva en el uso de la técnica: el sujeto no se limita a interactuar con dispositivos, sino que puede, en cierta medida, evaluar y reorientar su propia inserción en ellos.

Ahora bien, es importante precisar el alcance de esta posibilidad de recomposición. La subjetividad no es completamente libre, en el sentido de poder reorganizarse sin restricciones. Está condicionada por estructuras materiales que incluyen no solo dispositivos técnicos, sino también marcos económicos, institucionales y culturales. El margen de intervención no es absoluto, y las posibilidades de recomposición pueden variar significativamente según el contexto en el que se sitúe el sujeto.

Pero tampoco está totalmente determinada. La symploké material implica precisamente que ninguna dimensión de la realidad actúa de manera exclusiva o totalizante. Incluso en entornos altamente estructurados, existen espacios de variación, de desplazamiento y de reorganización. La subjetividad no puede situarse fuera de las mediaciones que la constituyen, pero puede, en cierta medida, intervenir en la forma en que estas se articulan.

Este margen de intervención no debe ser entendido en términos puramente individuales. La recomposición no es solo una tarea del sujeto aislado, sino también una cuestión colectiva y política. Las formas en que se diseñan, regulan y distribuyen las tecnologías afectan directamente a las posibilidades de organización subjetiva. Por ello, la recomposición implica también la intervención en los marcos institucionales y en las lógicas económicas que orientan el desarrollo técnico. La cuestión no es solo cómo usamos la técnica, sino cómo se produce, se organiza y se integra en el mundo común.

Desde el punto de vista compositivista, la recomposición puede ser entendida como un proceso de rearticulación de niveles. No se trata de eliminar tensiones —lo cual sería imposible—, sino de reorganizarlas de manera que no resulten destructivas. La atención puede seguir siendo solicitada por múltiples estímulos, pero puede encontrar formas de estabilización; el deseo puede seguir siendo dinámico, pero puede orientarse hacia secuencias más duraderas; la temporalidad puede seguir siendo compleja, pero puede articular ritmos distintos sin perder continuidad. En este sentido, la recomposición no implica alcanzar un estado ideal de equilibrio, sino sostener una organización suficientemente consistente en condiciones siempre cambiantes. La subjetividad no se recompone una vez y para siempre, sino que debe hacerlo de manera continua, ajustándose a transformaciones técnicas, sociales y personales. La consistencia no es un punto de llegada definitivo, sino una propiedad que debe ser mantenida a través de prácticas, decisiones y mediaciones.

En última instancia, la posibilidad de recomposición confirma una de las tesis centrales del Compositivismo: la subjetividad es una organización producida y, como tal, susceptible de ser rearticulada. No es una esencia fija ni un efecto completamente determinado, sino una forma que se construye en la interacción entre múltiples niveles de la symploké. Su margen de intervención reside precisamente en esa condición compositiva: en la posibilidad de reorganizar las relaciones que la constituyen.

Pensar la técnica desde esta perspectiva permite evitar tanto el fatalismo como la ingenuidad. No se trata de afirmar que todo depende del sujeto ni de sostener que nada puede cambiarse, sino de situar la cuestión en su lugar adecuado: el de las formas concretas de composición. Allí es donde se juega la posibilidad de sostener subjetividades más o menos consistentes en un entorno técnico que, lejos de ser un destino, es un campo de articulación abierto a la intervención.

Conclusión

El análisis compositivista de la técnica permite superar de manera rigurosa la oposición entre instrumentalismo y determinismo, dos posiciones que, pese a su enfrentamiento aparente, comparten la incapacidad de pensar la articulación efectiva entre técnica y subjetividad. Frente a ellas, el Compositivismo introduce un desplazamiento decisivo: sitúa la técnica y la subjetividad en un mismo plano ontológico, el de la symploké material, donde ambas aparecen como momentos de una misma estructura de composición.

Desde este marco, la técnica deja de ser un mero conjunto de herramientas externas o una instancia autónoma que se impone desde fuera, para convertirse en una dimensión constitutiva de la subjetividad. No es algo que el sujeto simplemente utiliza, ni algo que simplemente lo determina, sino una mediación a través de la cual se produce su propia organización. La subjetividad no preexiste a sus mediaciones técnicas, sino que emerge en su articulación con ellas, en el interior de un entramado material que incluye cuerpos, prácticas, instituciones, relaciones sociales y dispositivos.

El entorno digital constituye, en este sentido, un caso paradigmático. En él se intensifica la densidad de la symploké técnica y se hacen visibles transformaciones profundas en la organización subjetiva. La atención, el deseo, la memoria, la temporalidad y la relación con los otros no son simplemente 'afectados' por la digitalización, sino reconfigurados en su modo de funcionamiento. El entorno digital no actúa sobre un sujeto ya dado, sino que participa activamente en la producción de formas específicas de subjetividad.

El interés filosófico de esta perspectiva reside precisamente en su capacidad para pensar conjuntamente dimensiones que con frecuencia han sido tratadas de manera separada. En primer lugar, la ontología, a través de la noción de symploké, que permite comprender la estructura relacional y no sustancial de lo real. En segundo lugar, la subjetividad, entendida como organización producida, emergente y estructuralmente mediada. Y, en tercer lugar, la normatividad, reformulada en términos de consistencia objetiva, es decir, como evaluación immanente de las formas de vida en función de su capacidad para sostenerse sin descomposición.

Esta articulación conjunta constituye una de las principales aportaciones del Compositivismo. Permite evitar tanto la disolución de la normatividad en descripciones puramente fácticas como su remisión a principios trascendentes externos al mundo. La evaluación de las formas de subjetividad producidas en entornos técnicos no requiere recurrir a ideales abstractos separados de la experiencia, pero tampoco se reduce a aceptar como igualmente válidas todas las configuraciones posibles. La consistencia objetiva introduce un criterio que, sin salir del plano material, permite distinguir entre formas de vida más o menos articuladas.

Desde este punto de vista, la cuestión central no es si la técnica es buena o mala, ni si debe ser aceptada o rechazada en bloque. Tales formulaciones permanecen en un nivel demasiado general y abstracto. La pregunta filosófica relevante es otra: qué formas de composición produce la técnica y en qué medida estas formas permiten o dificultan la construcción de subjetividades consistentes. Este desplazamiento permite analizar con mayor precisión las configuraciones concretas del entorno técnico y sus efectos sobre la organización de la vida humana.

El análisis desarrollado a lo largo del artículo ha mostrado que el entorno digital presenta tanto posibilidades como riesgos. Por un lado, amplía las capacidades de conexión, acceso, producción y circulación de información; por otro, introduce dinámicas de captura de la atención, fragmentación del deseo, debilitamiento de la temporalidad y dependencia estructural que pueden dificultar la articulación subjetiva. Estas tensiones no pueden resolverse mediante juicios globales, sino que exigen un análisis detallado de las formas de mediación y de sus efectos en la composición de la subjetividad.

En este contexto, la noción de recomposición adquiere una importancia central. Si la subjetividad es una organización producida, entonces es también susceptible de ser rearticulada. La técnica no determina de manera absoluta las formas de vida, pero sí establece condiciones que pueden favorecer unas configuraciones frente a otras. La intervención filosófica, en este sentido, no consiste en imaginar una salida exterior a la técnica, sino en pensar las posibilidades de reorganización dentro de la symploké misma: modificación de hábitos, reconfiguración de entornos, desarrollo de mediaciones alternativas y transformación de marcos institucionales.

Este punto permite subrayar el alcance práctico del Compositivismo. No se limita a ofrecer una descripción teórica de la relación entre técnica y subjetividad, sino que proporciona un marco para la intervención crítica. Al situar la normatividad en el plano de la consistencia de las composiciones, abre la posibilidad de evaluar y transformar las formas de vida en función de su grado de articulación. La filosofía no aparece aquí como un discurso externo, sino como una práctica de análisis que puede incidir en la reorganización del mundo común.

En última instancia, el Compositivismo muestra que la filosofía puede intervenir de manera rigurosa en uno de los problemas centrales del presente: la transformación técnica de la vida humana. Esta intervención no consiste en describir simplemente el impacto de la tecnología ni en formular juicios morales abstractos, sino en analizar su papel en la composición misma de la subjetividad y en la configuración de las condiciones de existencia.

Pensar la técnica desde la symploké material implica, por tanto, asumir que el problema no es la presencia de mediaciones, sino su forma de articulación. La subjetividad contemporánea no puede sustraerse al entorno técnico, pero sí puede ser pensada, evaluada y, en cierta medida, reorganizada en él. En ese espacio de análisis y de intervención se sitúa la aportación del Compositivismo: en la posibilidad de comprender y transformar la relación entre técnica y vida humana sin recurrir ni a la nostalgia de una pureza perdida ni al fatalismo de una determinación absoluta.

De este modo, la filosofía recupera una de sus tareas fundamentales: la de pensar las condiciones de habitabilidad del mundo común. Y en el contexto actual, marcado por la centralidad de las mediaciones técnicas, esta tarea pasa necesariamente por una comprensión rigurosa de cómo la técnica participa en la composición de la subjetividad y de qué formas de vida hace posibles.

Notas

- 1 El rechazo compositivista tanto del instrumentalismo como del determinismo técnico no es normativo sino ontológico. No se trata de que la técnica deba ser usada de cierta manera, sino de que la distinción misma entre un sujeto previo y una técnica posterior es insostenible desde la *symploké* material. Ambos términos se co-constituyen en el mismo proceso de composición: no hay primero un sujeto que luego adopta mediaciones técnicas, sino una subjetividad que emerge a través de ellas.
- 2 La diferencia respecto a Heidegger es aquí decisiva. Para Heidegger, la técnica moderna tiene el carácter de un *Gestell*, una estructura unitaria de desocultamiento que determina el modo en que todo lo real aparece como disponible y calculable. El Compositivismo rechaza esa unificación: la *symploké* es entramado diferenciado, no despliegue de un único principio de revelación. Las formas técnicas tienen distintos grados de historicidad, resistencia estructural y capacidad de captura, y no todas operan con la misma lógica. La crítica a la técnica es siempre concreta y diferenciada, nunca total.
- 3 La caracterización del entorno digital como ubicuo, continuo e integrado en la vida cotidiana introduce una diferencia cualitativa respecto a tecnologías anteriores. Lo decisivo no es la escala cuantitativa sino la estructura de la mediación: el entorno digital no solo amplía capacidades sino que reorganiza las condiciones bajo las cuales la subjetividad produce experiencia, atención y deseo. Una mediación que opera de manera continua, personalizada y retroalimentada tiene efectos sobre la composición subjetiva que ninguna tecnología de mediación discreta podía producir.
- 4 La captura de la atención que este artículo analiza no debe entenderse como manipulación intencional por parte de agentes económicos. Opera como lógica estructural inscrita en la arquitectura misma de los sistemas: los algoritmos de recomendación no deciden capturar el deseo, lo producen como efecto estadístico de su función de optimización. Esta distinción es filosóficamente importante porque implica que la crítica no puede limitarse a la denuncia de intenciones: debe analizar la estructura de los sistemas que generan captura como resultado normal de su funcionamiento, con independencia de la voluntad de quienes los diseñan o utilizan.
- 5 La recomposición dentro de la *symploké* —no mediante salida exterior a la técnica sino mediante reorganización de las mediaciones existentes— es el concepto operativo central de la praxis compositivista en el ámbito técnico. Implica que no hay punto arquimédico externo desde el que juzgar la técnica: toda intervención crítica ocurre dentro del entramado y con sus recursos. Esto no conduce al conformismo: hay formas de mediación que amplían la capacidad de recomposición subjetiva y formas que la consumen. La distinción es real aunque no pueda establecerse desde fuera.
- 6 La consistencia objetiva como criterio para evaluar formas de subjetividad producidas por entornos técnicos no prescribe un tipo único de subjetividad consistente. Es un criterio estructural —capacidad de una composición de sostenerse sin autodestruirse ni destruir sus condiciones de posibilidad— no un modelo normativo sustantivo. Formas de vida muy distintas pueden ser igualmente consistentes. Lo que el criterio permite distinguir es entre composiciones que mantienen capacidad de recomposición y orientación, y composiciones que la erosionan progresivamente mediante captura, fragmentación o vaciamiento del deseo.

Bibliografía

- Armesilla, Santiago. *La vuelta del revés de Marx*. Barcelona: El Viejo Topo, 2020.
- Bueno, Gustavo. *Ensayos materialistas*. Madrid: Taurus, 1972.
- Bueno, Gustavo. *Teoría del cierre categorial*. Oviedo: Pentalfa, 1992.
- Castells, Manuel. *La era de la información. Economía, sociedad y cultura*. 3 vols. Madrid: Alianza, 1997–1998.
- Foucault, Michel. *Tecnologías del yo*. Barcelona: Paidós, 1990.
- Han, Byung-Chul. *En el enjambre*. Barcelona: Herder, 2014.
- Heidegger, Martin. «La pregunta por la técnica.» En *Conferencias y artículos*.
- Marx, Karl. *El capital*. Madrid: Siglo XXI, 2017.
- Platón. *Sofista*. Madrid: Gredos.
- Simondon, Gilbert. *El modo de existencia de los objetos técnicos*. Buenos Aires: Prometeo Libros, 2013.
- Stiegler, Bernard. *La técnica y el tiempo I: El pecado de Epimeteo*. Hondarribia: Hiru, 2011.
- Turkle, Sherry. *Alone Together: Why We Expect More from Technology and Less from Each Other*. New York: Basic Books, 2011.
- Santoveña Martín, Jorge. *Compositivismo: Inversión materialista integral del platonismo*. Manuscrito inédito.